



Reflection from Fr. Joey Evangelista, MJ
Pentecost Sunday

Pentecost Sunday is the day we celebrate the beginning of the Church. It is on this day that the people Jesus had called to follow him received the Holy Spirit and were sent forth to continue his mission. Though they came from different backgrounds, ages, and cultures, they understood each other perfectly by the power of the Holy Spirit. They had been afraid of what the authorities might do to them, but that paralyzing fear was dissolved by the Spirit's power. The Holy Spirit gave them the peace of God, making them ready to carry on the mission of Jesus: to proclaim the kingdom of God, a kingdom of peace and love.

On this day, Jesus' promise to send the Advocate to accompany his disciples was fulfilled. The Holy Spirit is God's very spirit, moving and inspiring us, like a wind that blows wherever it wills. Before Pentecost, the disciples were hiding, gripped by fear following the death of Jesus. But when the Holy Spirit descended upon them, they overcame that fear, stepped out of their hiding places, and began boldly proclaiming the name of Jesus Christ. And though these disciples represented different cultures and spoke different languages, the Spirit ensured that they could be understood by all.

However, the Holy Spirit came not just to remove language barriers or dispel debilitating fear. The Spirit came to send the disciples out into the world to proclaim the Gospel of God's salvation in Jesus Christ. Through the Holy Spirit, these disciples became more than mere foot soldiers given a task; they became the Body of Christ, making Christ's presence real in the world. This group of people from all walks of life was transformed into not only the messengers, but the message itself—a unified community of faith empowered by the Holy Spirit. This is the profound meaning behind Jesus' words in the Gospel: "Receive the Holy Spirit. Whose sins you forgive are forgiven them, and whose sins you retain are retained."

Today, we are those disciples who form the Body of Christ, the Church. This Pentecost, we are called to celebrate the Holy Spirit, who has continued to guide and sustain the Church through the centuries and remains with us today. It is also a day to reaffirm our commitment to being a missionary Church—a Church sent to continue Jesus' mission, to bring a peace that the world cannot give, and to witness to the life-giving love of God that makes us, and all of creation, whole.

We are called to proclaim the Gospel to a world that is deeply divided on many levels. We are called to bring the presence of Jesus Christ to a world that is incrementally destroying the planet that is our only home, often without a thought for those who will inherit it. This is the challenging mission of the Church today. Yet, we have no need to fear, because the Holy Spirit is with us. Let us be instruments of understanding, working to heal the divisions that hurt people and communities. Let us not allow fear to overwhelm us amid our many challenges, but remain firm in our trust in the Lord, who is always with us through the Holy Spirit.

Reflexión del Padre Joey Evangelista, MJ
Domingo de Pentecostes

El Domingo de Pentecostés es el día en que celebramos el origen de la Iglesia. Fue en este día cuando las personas a quienes Jesús había llamado para que lo siguieran recibieron el Espíritu Santo y fueron enviadas a continuar su misión. Aunque procedían de diferentes orígenes, edades y culturas, se entendían perfectamente gracias al poder del Espíritu Santo. Habían temido lo que las autoridades pudieran hacerles, pero ese miedo paralizante se disipó por el poder del Espíritu. El Espíritu Santo les dio la paz de Dios, preparándolos para continuar la misión de Jesús: proclamar el reino de Dios, un reino de paz y amor.

En este día se cumplió la promesa de Jesús de enviar al Defensor para acompañar a sus discípulos. El Espíritu Santo es el mismo espíritu de Dios, que nos mueve e inspira, como un viento que sopla donde quiere. Antes de Pentecostés, los discípulos se escondían, dominados por el miedo tras la muerte de Jesús. Pero cuando el Espíritu Santo descendió sobre ellos, superaron ese miedo, salieron de sus refugios y comenzaron a proclamar con valentía el nombre de Jesucristo. Y aunque estos discípulos representaban diferentes culturas y hablaban diferentes idiomas, el Espíritu se aseguró de que todos pudieran entenderlos.

Sin embargo, el Espíritu Santo no vino solo para eliminar las barreras del idioma o disipar el miedo paralizante. El Espíritu vino para enviar a los discípulos al mundo a proclamar el Evangelio de la salvación de Dios en Jesucristo. A través del Espíritu Santo, estos discípulos se convirtieron en algo más que simples soldados a los que se les había encomendado una tarea; se convirtieron en el Cuerpo de Cristo, haciendo real la presencia de Cristo en el mundo. Este grupo de personas de todos los ámbitos de la vida se transformó no solo en los mensajeros, sino en el mensaje mismo: una comunidad de fe unificada y empoderada por el Espíritu Santo. Este es el profundo significado detrás de las palabras de Jesús en el Evangelio: "Reciban el Espíritu Santo. A los que les perdonen los pecados, les quedarán perdonados; y a los que no se los perdonen, les quedarán sin perdonar".

Hoy, nosotros somos esos discípulos que formamos el Cuerpo de Cristo, la Iglesia. En este Pentecostés, estamos llamados a celebrar al Espíritu Santo, quien ha seguido guiando y sosteniendo a la Iglesia a lo largo de los siglos y permanece con nosotros hoy. Es también un día para reafirmar nuestro compromiso de ser una Iglesia misionera —una Iglesia enviada a continuar la misión de Jesús, a traer una paz que el mundo no puede dar, y a dar testimonio del amor vivificante de Dios que nos hace, a nosotros y a toda la creación, completos.

Estamos llamados a proclamar el Evangelio a un mundo profundamente dividido en muchos niveles. Estamos llamados a llevar la presencia de Jesucristo a un mundo que está destruyendo gradualmente el planeta que es nuestro único hogar, a menudo sin pensar en quienes lo heredarán. Esta es la desafiante misión de la Iglesia hoy. Sin embargo, no tenemos por qué temer, porque el Espíritu Santo está con nosotros. Seamos instrumentos de comprensión, trabajando para sanar las divisiones que hieren a las personas y a las comunidades. No permitamos que el miedo nos abrume en medio de nuestros muchos desafíos, sino que permanezcamos firmes en nuestra confianza en el Señor, quien siempre está con nosotros a través del Espíritu Santo.